S. LÓPEZ GUIJARRO

HABLAR AL ALMA

COMEDIA EN UN ACTO

ARREGLO EN VERSO DE LA DE "FEUILLET", TITULADA "LE CAS DE CONSCIENCE"

MADRID: 1878.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
de los señores J. C. Conde y Compañía.
Caños, 1.

HABLAR AL ALMA

S. LOPEZ GUIJARRO

HABLAR AL ALMA

COMEDIA EN UN ACTO

ARREGLO EN VERSO DE LA DE "FEUILLET", TITULADA "LE CAS DE CONSCIENCE"

MADRID: 1878.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
de los señores J. C. Conde y Compañía.
Caños, 1.

PERSONAS.

LA CONDESA.
FERNANDO, su marido (40 años).
LUIS (Idem).
JUAN, criado.

La accion pasa en un pueblo cerca de Madrid.

HABLAR AL ALMA.

ESCENA PRIMERA.

Sala de recibo en casa antigua de pueblo, restaurada. Mesa de labor de la Condesa, en el centro.

LUIS y JUAN, entrando.

JUAN. Si usted se sirve esperar
un poco, en este aposento,
iré á pasar el recado
al señor Conde.

LUIS. Aquí espero.

JUAN. ¿Y á quién deberé anunciarle?

LUIS. ¿A quién?... (Vacilando.) A nadie.

JUAN. No entiendo...

LUIS. Pues diga usted solamente
que un amigo, un compañero
antiguo suyo, desea
hablarle. Basta con esto.

JUAN. Lo digo, porque mi amo,
siempre, despues del almuerzo,
va al monte á cazar, y nunca
recibe hasta su regreso.

LUIS. ¿Va á salir, pues?

JUAN. Ahora mismo.
Vistiendo está sus arreos.

LUIS. Bien: puede usted añadirle,
que solo breves momentos
le detendré.

JUAN. Voy al punto.

ESCENA II.

LUIS, y á poco FERNANDO.

LUIS. Era excelente sugeto,
era un corazon de oro
hace veinte años.—¡Qué tiempos
aquellos!—¿Qué será ahora,
siendo ya casado viejo,
y habiendo estado dos lustros
bajo el dominio tremendo
de aquella suegra terrible?
No me sorprenderá verlo
cambiado y desconocido;
porque diez años de yerno,
con el mejor natural
dan al traste.—En fin, veremos.

FERNANDO. (Desde la puerta.) Quién es el amigo anónimo?...

LUIS. Soy yo, Fernando.

FERNANDO. Qué veo!
Tú, Luis, eres tú, de veras?

LUIS. Palabra de caballero...

FERNANDO. Tú aquí? Pero desdichado,
vete, por Dios, vete presto...

LUIS. Deja que te dê las gracias
por el buen recibimiento.
Me conmueve tu finura.

FERNANDO. Pero en fin, ¿cuál es tu intento,
qué buscas en esta casa,
qué pretendes?

LUIS. Lo primero
darte un abrazo; un abrazo
cariñoso, largo, estrecho,
digno de aquella amistad,
de aquel juvenil afecto
que nos unió...

FERNANDO. Lo recibo
con gusto, y te lo devuelvo; (se abrazan)
pero lárgate, por Cristo.

LUIS. Ingrato! (Sentándose.)

FERNANDO. Qué haces?

LUIS. Me siento,
ya lo vés.—Tengo que hablarte.

FERNANDO. Pero, infeliz, ¿no estás viendo
mi terror y mi zozobra?

No sabes que tu recuerdo,
que tu nombre, son aquí
piedra de escándalo, objeto
de una alarma que se extiende
desde el amo hasta el portero?
¿No sabes que mi mujer
te juzga lo más funesto,
lo más odioso que hay
bajo la capa del cielo?
Si ella viene, ¿qué le digo?
con qué cara te presento
yo, que apenas pasa dia
del año en que no confieso
que eres un mónstruo?.....

LUIS. Fernando;
pero tú, allá en tus adentros,
me perdonas y me estimas
siempre, ¿verdad?

FERNANDO. Yo te quiero
como á un hermano, *de ocultis*,
y de oficio te aborrezco.
Fuiste mi mejor amigo
en aquel período bello...
y á propósito: cualquiera
diria que yo te llevo
diez años; ¿qué diablos haces
para estar así, tan... fresco?

LUIS. ¡Qué quieres! No me he casado,
y sigo haciendo impertérrito
mi mala vida de siempre.
Esto conserva.

FERNANDO. Perverso!
Pero, vamos, sériamente.
A qué has venido? Qué objeto?...

LUIS. Siéntate, y óyeme: en cinco
minutos vas á saberlo.

FERNANDO. Sí, acaba pronto por las
once mil vírgenes; temo
que mi señora Condesa
deje su estufa y sus tiestos,
con que se entretiene ahora
en el jardin, y no quiero
por nada del mundo que
nos sorprenda. Ya me siento;
cuenta, pero sin exordio,
¿sabes?

LUIS. Dime lo primero:
Murió tu bendita suegra;
¿verdad?

FERNANDO. Ah! Sí! (Con expansion.)
(Reprimiéndose.) Ah! sí: en Enero
hará tres años que al fin
se fué aquella... santa al cielo.

LUIS De modo que vives solo
con tu mujer?

FERNANDO. En efecto.

LUIS. Y sin hijos?

FERNANDO. Por desgracia.

LUIS. Por desgracia?

FERNANDO. Es claro.

LUIS. Luego
Quisiérais tenerlos?

FERNANDO. Hombre!
Sí quisiéramos tenerlos!
claro es; ella sobre todo,
porque, al fin, la mujer... Pero (Levantándose.)
Qué interrogatorio absurdo
sufrirte me estás haciendo?
Has salido de Madrid,
y has llegado hasta estos cerros,
sólo para preguntarme
si viviria contento
siendo papá? Con dos mil
de á caballo, terminemos;
explícate de una vez.

LUIS. Amigo mio, supuesto
que tu esposa y tú la falta
de hijos lamentais, yo vengo
á ofreceros uno.

FERNANDO. Un hijo?

LUIS. No, una hija; un hechicero
querubin, de rizos de oro,
con dos ojazos inmensos
del color del cielo azul.

FERNANDO. Chico, la broma es de un género
que desluce á tu inventiva.

LUIS. No es broma, ni mucho ménos.
Escucha la triste historia...

FERNANDO. Qué historia? la tuya? Debo
decirte que si es la tuya,
todos aquí la sabemos
superabundantemente.

LUIS. No importa; oye, te lo ruego,
y déjame encadenar
cronológicos los hechos.
Tu suegra tuvo una hermana
del segundo casamiento
de su padre, á la que un dia,
habiendo su padre muerto,
sirvió de madre á su modo;
es decir, lo hizo poniendo
todo su afan en casarla
pronto y mal; procedimiento
de tutora sin entrañas,
á quien fué insufrible el peso
del deber. Y repitióse
la fábula del cordero
y el lobo, tan á lo vivo,
que aquel ángel indefenso,
la infeliz pupila, Clara,
se dejó unir, sin que en ello
tomára su voluntad
la menor parte, á un abyecto
caballerito de industria,
el vizconde del Romero,
que tú conociste...

FERNANDO. Sí;
un animal: no lo niego.

LUIS. Siguió, pues, Clara apurando
el cáliz del sufrimiento,
hasta que un dia, su instinto
de conservacion al seno
de la sociedad, del mundo
la llevó, en su aturdimiento
buscando olvido á sus penas.
Yo la ví; labró en mi pecho
aquella infeliz criatura,
no el capricho del deseo,
sino una pasion profunda,
y mi pasion prendió el fuego
en su corazon. Hará
diez y seis años de esto.
Yo arrebaté á Clara un dia
de su hogar, y al extranjero
la llevé, sin que el marido,
tú lo sabes, sus derechos
hiciese valer, ni en forma
alguna buscase el medio

de oponerse á mi delito,
cual hombre, ó cual caballero.

FERNANDO. ¡Animal!

LUIS. Salimos, pues,
de Madrid, de España huyendo.
y dejando, como rastro
de nuestro loco proyecto,
el escándalo en las gentes,
y un crudo aborrecimiento
en la familia de Clara,
que, á mí sobre todo, creo
no me ha perdonado nunca
el criminal desafuero.

FERNANDO. Ah! de eso yo te respondo.

LUIS. Pasado el impulso ciego
de aquel arrebato, Clara,
á pesar de los esmeros
con que dediqué á su dicha
mi vida y mi pensamiento,
cayó, herida mortalmente
por un dolor sin remedio.
Alma para el bien nacida,
su único incesante anhelo,
era el perdon de los suyos.
Y escribió para obtenerlo,
varias cartas á su hermana,
tu suegra despues, que fueron
devueltas sin ser abiertas,
Y acudió tambien, sin éxito,
á tu mujer, su sobrina,
su amiga, y en el silencio
se perdió tambien el grito
de aquel corazon enfermo.

FERNANDO. Lo sé; pero á tí te consta
que en ese falso terreno,
mi suegra y los suyos nunca,
ni por nadie transigieron.

LUIS. Si; una familia de justos...
sin caridad; y por eso
dejaron morir á Clara
en brazos de su tormento,
desesperada.—Dos años,
cuyos dolores eternos
debieron curarme de
mi aficion á los escesos,
si los años corrigieran

lo malo en el que no es bueno;
dos años luchó aquel alma
tan pura, con aquel cuerpo
frágil, y al fin lo dejó,
dejándome á mí, cual premio
de mis calladas angustias,
y como fruto risueño
del triste amor que perdia,
una hija, una niña, un célico
sér bienhechor que mi llanto
enjugase placentero.

FERNANDO. Si; tambien hemos sabido
de esa niña el nacimiento.

LUIS. Pues bien; yo velé su infancia,
siendo ella mi amor postrero,
como el avaro el tesoro.
Cuando creció, en un convento
la puse, donde han brotado,
como en un místico huerto,
sus gracias y sus virtudes
al par. Mas trascurre el tiempo;
ya va á cumplir quince años;
en su porvenir ya debo
pensar, pues estar no puede
perpétuamente en su encierro.
Llevarla á mi casa, hacer
suyo el poco digno techo
de mi celibato, no es,
sin duda, el mejor acuerdo
para que un hombre de bien
alguna vez vaya recto
á buscar allí, y en ella,
el premio de sus desvelos.
Y este es, Fernando, mi apuro,
el grave empeño violento
en que me encuentro sumido,
y que á consultarte vengo.

FERNANDO. Situacion desagradable,
triste asunto, que comprendo
te dé en qué pensar y quite
de tus párpados el sueño.
Si yo me hallara en tu caso,
no tendria el universo
un mortal más infeliz.
Pero, Luis, seamos sinceros:
cada cual coje en el mundo

de lo que sembró en su tiempo.
Los simples mortales que
tímidos nos atenemos
al catecismo, y marchamos
siempre en el camino recto;
los héroes de vicaría,
es verdad que no tenemos
esos placeres ardientes
con que os calcinais los huesos
vosotros, los de la trocha,
los fieros aventureros;
es verdad que, al fin y al cabo,
nos coje el último tércio
vital, bajo la terrible
dominacion del bostezo;
pero tenemos en cambio,
chico, un manjar de gran precio,
que lentos saboreamos
en el retiro modesto:
la paz del alma, que dá
buen apetito y buen sueño.
Tú fuiste un afortunado
como pocos; opulento,
bravo, emprendedor, llegaste
más allá que los primeros.
Para qué? Para que un dia
tu olvidado compañero,
el campesino, el casado
inculto, el manso cordero,
llegarte mire á su puerta
trayendo al hombro el talego
de tus disgustos, y á tristes
voces descanso pidiendo...
Hijo: á cada cual lo suyo.

LUIS. Harto, Fernando, comprendo
de tu moral la justicia;
mas deja que llegue el término
de mi confidencia. Ansiando
dar un desenlace bueno
a mi asunto, he recordado
que sois vosotros los deudos
más próximos de mi hija.
De haber seguido existiendo
tu suegra, tu inexorable
suegra, yo no hubiera puesto
mis piés aquí, ni pensado

en venir; pero hoy no creo
que ni tu mujer, ni tú,
tengais obstáculo sério
que oponer á mi demanda.
Quién os impide, en efecto,
recibir mi pobre niña,
prohijarla, darla el consuelo
de una familia, el abrigo
de un casto hogar como el vuestro,
su porvenir y su dicha
facilitando benéficos?
Será una accion generosa
que mi hija y yo os pagaremos
con un profundo, con un
eterno agradecimiento.

FERNANDO. De manera que, en resúmen,
has venido para eso?

LUIS. Sí, amigo mio.

FERNANDO. Pues hijo,
aparte el gusto secreto
que me da el volver á verte,
te digo con sentimiento
que hubieras debido ahorrarte
el viaje.

LUIS. Conque te encuentro
sordo á mi súplica?...

FERNANDO. Sordo,
no, pero es, Luis, que no veo
el modo de complacerte.
A mí me basta el recuerdo
de nuestra antigua amistad
para aceptar sin recelo
la... combinacion difícil
que has pensado; pero hemos
de imponerla por la fuerza
á mi mujer? Pues buen génio
tiene mi severa cónyuge
para entrar en este enredo!

LUIS. Pero, y si ella acepta?

FERNANDO. Ella!
ah! pobre amigo: ¿qué sueño
de tu cerebro excitado
imaginarlo te ha hecho?
Una mujer educada,
(y bien contribuyó á ello
el fragor de tu aventura.)

en los rígidos preceptos
de una intolerancia épica,
y de un rigorismo austero:
ella, cuyas relaciones
forman un círculo estrecho
donde no llega la sombra
de lo mundano, ni el eco;
una mujer, para quien
representas por entero
los pecados capitales
en su plenitud, completos,
tú solo, y que te abomina
por codicilo materno;
tú quieres que esa mujer,
por bondad, por parentesco,
sin transicion, se resuelva
de pronto, y por tus lamentos,
á ser cómplice tardía
de tu falta, recibiendo
y patrocinando en público
el fruto... Bah! Tiene esto
sentido comun? La lógica,
querido, no es tu elemento...

Luis. Pero, es verdad? No exageras?
Es en absoluto cierto
ese rigor implacable
de tu esposa?

Fernando. El Evangelio.

Luis Y tienes tú la conciencia
de conocerla?

Fernando. Hombre, creo
que no habré dado al vecino
ese encargo.

Luis. Es que yo tengo
observado que, por punto
general, de cada ciento,
hay noventa y seis maridos
que se equivocan de medio
á medio, respecto al fondo
de sus mujeres. Recuerdo
que la pobre Clara hablaba
con encomio tan sincero
de la tuya! Es imposible
que aquel infortunio inmenso,
aquella historia de lágrimas
no haya inspirado en silencio

un interés compasivo
á tu esposa, no hayan hecho
mella en su imaginacion...

FERNANDO. Vaya, ese es otro defecto
de vosotros los Don Juanes;
para vosotros no hay pecho
mujeril inaccesible,
ni hay femenino cerebro
en donde el romanticismo
no tenga un rincon dispuesto,
y en donde la compasion
no acoja los lances tétricos.
Pues, amigo, te equivocas;
cae de tu error; te lo puedo
asegurar; hay mujeres,
y la mia es buen modelo,
honradas y antirománticas.

LUIS. Bah! todas á ese respeto
tienen su cuerda sensible,
que, pulsada con talento...

FERNANDO. Pues todas, ménos la mia.

LUIS. A la excepcion no me avengo,
y la tuya, como todas.

FERNANDO. Sí? Pues ahora vas á verlo.
Ya que te empeñas, ahora
yo mismo á anunciarte vuelo.
Vas á ver á mi mujer;
prepara todo el repuesto
de tu elocuencia infalible,
conmueve, hiere su pecho,
habla á su imaginacion
cuanto quieras, toca diestro
todas sus fibras sensibles,
y ya verás; mas te advierto
que si haces fiasco, yo lavo
mis manos.

LUIS. Ah! te agradezco
tu noble arranque en el alma!
Mas acaba de ser bueno
conmigo, completa tu obra,
haz un poco más.

FERNANDO. No entiendo;
qué más he de hacer?

LUIS. Fernando,
tu vés con qué ansiedad llego
á esta casa, tú adivinas

á través de lo ligero
de mis palabras, la angustia,
la lucha en que me revuelvo.
Soy un padre que idolatra
á su hija, que diera el resto
de sus dias por hacerla
feliz, y á cuyo deseo
el obstáculo mayor,
el mayor impedimento
es él mismo; soy un padre,
en fin, que al hogar ageno
llega con el solo bien
que tiene, para perderlo...
Haz más que anunciarme; haz
cuanto puedas en mi obsequio;
procura inclinar el ánimo
de tu esposa al sentimiento,
y prepara su piedad
en mi favor...

FERNANDO. Te lo ofrezco;
ensayaré.

LUIS. Muchas gracias.

FERNANDO. Ensayaré; pronto vuelvo.

ESCENA III.

LUIS, solo.

LUIS. Única flor del valle solitario
de mi afanoso, estéril existir:
al darte un dia con mi amor la vida,
triste dón te ofrecí!
Tú eres la sola dicha de mi alma,
y no te puedo para mí guardar;
ni sé si podré dar á tu inocencia
un asilo de paz.
Hogar honrado, á cuya altiva dueña,
de amor una limosna pediré;
dejarás ir mi corazon doliente?
qué me vas á ofrecer!...

ESCENA IV.

LUIS. FERNANDO.

LUIS. Cómo! Ya vuelves?

FERNANDO. Escucha,

Luis; mientras lo pienso más,
más temo que la Condesa
á verte se ha de negar.

LUIS. Pero...

FERNANDO. He tenido una idea
que me parece eficaz.

LUIS. Dila.

FERNANDO. La única manera
de que la puedas hablar,
de que te escuche y de que
pongas por obra tu plan,
es, sin darle vueltas, que
te llegues á presentar
con nombre supuesto. Entiendes?

LUIS. Con nombre supuesto? y cuál?

FERNANDO. Me ha ocurrido el de Alvarado,
nuestro amigo, que ahora está
de cónsul en Montpeller.
Mi esposa la trinidad
sabe que juntos formamos;
tú la puedes inventar
una historia en armonía
con tu objeto: la dirás,
si te parece, que vienes
en nombre de la amistad,
en nombre de Luis Herrera,
de tu parte, á encomendar
la primita á sus bondades.
Que aquel seductor audáz
murió hace poco en tus brazos;
que su pobre niña está
en el mayor desconsuelo.
En fin, tú lo arreglarás.
Y como ni á tí ni á él
os conoce, así podrá
la discusion entablarse,
que es ahora lo principal.
Qué te parece?

LUIS. Violento
recurso, que aumentará,
con este ardid de comedia
mi embarazo; y además,
¿estás seguro de que,
llevando yo un año ya
en Madrid, desde mi vuelta,
no me habrá visto jamás

la condesa?

FERNANDO. Segurísimo.
¿Dónde te ha podido hallar?
En Madrid solo el invierno
pasamos; ella no va
ni á paseos, ni á teatros,
ni á fiestas, ni á sociedad.
Las iglesias y sus pobres,
su escuela dominical,
son su centro, y su quehacer
contínuo la caridad.
Y esto aparte, si te hubiera
conocido, es natural
que me lo hubiera contado.
No: ni por casualidad
te ha visto.

LUIS. Ni yo tampoco
á ella; pero es singular
que tratándose de un *mónstruo*
como yo, curiosidad
no haya tenido... porque
el ser curiosas es tan
orgánico en ellas...

FERNANDO. Dale
con la regla general!.
Desengáñate; la mia
es una especialidad.
Tampoco es curiosa.

LUIS. En fin,
no tengo qué replicar;
si á tí te parece bien,
hágase...

FERNANDO. Calla! Aquí está!...
Con que, ya lo sabes, tú
te has muerto, eh? La voluntad
del difunto á cumplir vienes...

LUIS. Chico, me voy á embrollar...

FERNANDO. Pues será peor para tí;
con que, ojo...

ESCENA V.

Dichos y la CONDESA.

CONDESA. Fernando!... Ah!
(Viendo á Luis y saludándole friamente.)

LUIS. (Vamos, es muy bella, y esto

dá cierta tranquilidad.)

FERNANDO. Amiga mia; á buscarte
iba... tengo una especial
complacencia en presentarte
á Pedro Alvarado y Sanz,
mi antiguo, mi buen amigo,
que mil veces celebrar
me has oido; en Montpeller
de Cónsul de España está
hace tiempo, y su viaje
es para poderte hablar
de cierto asunto... que, sólo
á tí, dice, confiará.
Con que, si me das permiso,
os dejo, y mi vuelta usual
daré por esas cañadas.
Hasta muy pronto, verdad?
Adios; adios, Periquín.

CONDESA. Tu amigo permitirá
que te diga dos palabras?

LUIS. Señora...

CONDESA. (Aparte á Fernando.) (Por qué te vás.
y por qué oculta su nombre
el señor Herrera?)

FERNANDO. (Turbado.) (Ya!...
Con que tú le conocias?)

CONDESA. (Me parece...)

FERNANDO. (Pues verás...
es un caso... es un propósito,
que él ahora te explicará
mejor que yo... Si hay sucesos
tan impensados y tan...
Con que hasta luego, adios... (Sálvase
el que pueda... ¡Uf, qué sudar!)

ESCENA VI.

LA CONDESA, LUIS.

CONDESA. (Ofreciendo con un gesto á Luis una silla, y sentándose ella ante su mesa de labor.)
Usted me permitirá
que mientras le escucho, siga
mi labor.

LUIS. Usted me obliga
con ello, señora...

CONDESA. Está
nuestro buen cura de aquí
en tenerla confiado
para mañana; le he dado
mi palabra.

LUIS Pocas ví
tan bellas; son esas flores
soberbias.

CONDESA. Se ha de rifar
para el coste de un altar.

LUIS. ¡Qué bien casan los colores!

CONDESA. Conque, usted dirá, señor...
Alvarado.

LUIS. (El retintin
me extremece... Pero, en fin,
pecho al agua) Yo el favor,
señora, de ser oido
con tolerante bondad,
pido á usted, y es la verdad
que con gran razon lo pido;
puesto que la vez primera
que tengo el gusto de hablarla,
un nombre he de recordarla
que pronunciar no quisiera.
Yo vengo, señora, en nombre
de Luis Herrera,

CONDESA. ¡Ah!

LUIS. Y yo
no ignoro lo que costó
á los suyos ese hombre.
Mi amigo en la mocedad
era como de Fernando;
mas la ausencia fué borrando
luego nuestra intimidad...

CONDESA. ¡Yá!

LUIS. (¡Cómo en mirarme insiste!)
Pero hace dos meses que
nuevamente le encontré
por un motivo bien triste.
Como usted sabe, yo habito
en Marsella, en calidad...

CONDESA. En Montpeller...

LUIS. Sí; es verdad;
Montpeller (disfraz maldito!)
Como estas dos poblaciones
se hallan cerca, y yo frecuento

Marsella, mi aturdimiento
las confunde en ocasiones.
Pues bien; ¡quién me lo dijera!
hace poco más de un mes
llegó á Marsella, esto es,
á Montpeller, Luis Herrera;
pero llegó moribundo,
víctima de un accidente
muy grave, y, naturalmente,
yo, con interés profundo
le asistí, mientras duró
su rápido mal terrible,
porque, al fin, y es lo sensible,
mi pobre amigo... murió.

CONDESA. La pérdida no es gran cosa.

LUIS. Sin duda, que hay otras más
notables, pero quizás
fué la opinion rencorosa
con el infeliz Herrera;
quizá exageró la fama
lo que todavía llama
su maldad.

CONDESA. Difícil era.

LUIS. No es que yo quiera encubrir
sus grandes errores, no;
mas, puesto que ya murió,
qué más se puede exigir?
¿Qué temor, en conclusion,
hay que una tumba no evite?

CONDESA. Yo temo... que resucite.
Pero, en fin, la comision
de usted...

LUIS. Héla aquí, señora:
Herrera, cuando espiraba,
por el porvenir tembaba
de una niña encantadora,
su hija, y toda su ansiedad
era que yo la trajese
á usted, y que intercediese
por ella ante su bondad.

CONDESA. Pero, si no me equivoco,
Herrera era rico...

LUIS. Sí.

CONDESA. Y además, saber creí
que en un convento hace poco
la niña estaba.

LUIS. Tambien
es cierto.

CONDESA. Pues siendo cierto,
yo creo, y perdone el muerto,
que la niña allí está bien.

LUIS. Pero allí no puede estar
siempre; no así se condena
á una inocente que pena
culpas extrañas, á dar
su adios á toda alegría;
y usted su parienta siendo
más inmediata, yo entiendo,
y Herrera así lo decia,
que la cristiana merced
de dar un techo, un amor,
á esa niña en su dolor,
debe ser obra de usted:
y si él hubiera vivido,
con puro llanto en los ojos,
y ante usted puesto de hinojos,
eso le hubiera pedido.

CONDESA. Lo dudo, porque á pesar
de su historia, que lamento,
dicen que tuvo talento,
y pudiendo adivinar
mi respuesta lisa y clara,
me hubiera el trabajo ahorrado,
de habersela yo explicado
frente á frente y cara y cara

LUIS. (No hay duda, sabe quien soy)
En fin, señora, dejemos
al pobre Herrera, y pensemos
en su víctima de hoy.
Usted no puede olvidar
á su madre desgraciada;
su culpa, ya harto pagada,
no quiera usted castigar
en una niña inocente;
ampárela usted, señora,
siendo digna protectora,
siendo refugio clemente
de su infortunio y su vida.
Si toda desgracia es triste,
lo es mucho más, cuando existe
la desgracia inmerecida.

CONDESA. Caballero: usted es hombre

de mundo, dígame usté:
¿con qué derecho daré
yo, celosa de mi nombre,
yo, que amo la estimacion
pública, el ejemplo insano
de sancionar por mi mano
aquella infame pasion,
aquel hecho criminal
que aún con su vergüenza llora
mi familia, hora por hora?
Ante usted, juez imparcial,
mi contestacion es esta:
que la piedad no ha de ser
ley superior al deber.

LUIS. Despiadada es la respuesta.
Y aunque el pensarlo me asusta,
sospecho por la actitud
de usted, que de la virtud
la idea no tengo justa.

CONDESA. Eso, señor... Alvarado,
bien puede ser.

LUIS. Lo es, señora;
mas permita usted que ahora
la idea que yo he formado,
en mi crédula jactancia,
de la virtud, diga á usté...
(Movimiento en la Condesa.)
y acaso mereceré
que corrija mi ignorancia. (Pausa.)
Yo, francamente, creia
que la virtud verdadera
era para sí severa,
y para los otros pía.
Que alguna vez bien podia
dejar su olímpica altura,
y dar á la desventura
una compasiva mano,
con espíritu cristiano,
con intencion noble y pura.
Pensaba yo, en mi flaqueza,
que hay una virtud vulgar
que se contenta con dar
sus sobras á la pobreza.
Pero que hay otra que empieza
donde ménos generosa,
vacila aquella; otra, ansiosa

de imponerse el sacrificio,
y que de Dios ante el juicio
es más grande y más hermosa.
Otra, en fin, que pese al mundo,
lo que debe hacer, lo hace,
y así la sed satisface,
de su santo amor profunto.
(Movimiento en la Condesa.)
Usted dirá que confundo
la virtud y el heroismo,
que está mi humanitarismo
basado en un sueño loco;
pero, en fin, si me equivoco,
se equivoca el Cristianismo!... (Pausa)

CONDESA. En resúmen, su teoría,
si no me la explico mal,
sienta el perdon general,
y es una filosofía
de amparo incondicional.
Yo, respetando su juicio,
no condeno el sacrificio,
mas de la honradez me espanto
que sirve de fácil manto
al egoismo del vicio.
¿Es que acaso no sabemos,
los que en el deber vivimos,
á cuánta costa obtuvimos
el lauro que poseemos?
¿Es que acaso no tenemos
fibras, ánsias, ilusion,
carne, y huesos y pasion?
¡Qué sabe el vicio menguado
lo que cuesta á un pecho honrado
mandar en su corazon!
El placer, la libertad,
son fáciles; lo penoso
es el deber rigoroso.....
¿Qué especie de impunidad
se dá al crímen, en verdad,
con la virtud obediente
que premia al que se arrepiente,
solo porque, arrepentido,
y harto ya de divertido,
se transforma en penitente?. .
Cuando no es justo el perdon,
¿qué es más que un cómplice frio?

Tal vez haya desvarío
que tenga su atenuacion.
Puede á una inmensa pasion
un gran mérito llevar,
un gran móvil disculpar;
mas ¿qué disculpa nos trae
el alma vulgar que cae
ante un ídolo vulgar?
Perdóneme la memoria
de mi parienta infeliz;
pero su torpe desliz
fué de una ruindad notoria.
¡Cambiar una honrada historia
por la elocuencia flamante
del seductor elegante,
que fué á explotar su aislamiento,
rebuscando un cumplimiento
del diccionario galante!
¡Los héroes de sociedad,
los faustos calculadores,
cuyos éxitos mejores
deben á la ociosidad,
ó á la necia vanidad!
A esos el cetro se ha dado
del falso amor, del pecado!
Pues conceder es forzoso
que está, en nuestro tiempo odioso,
hasta el crímen rebajado...
En qué piensan, cómo son
esas míseras mujeres,
víctimas de tales séres,
no comprende mi razon.
Pero afirmo, en conclusion,
que, si yo á ser Dios llegara,
á esa insensatez, avara
del fango que la domina,
á esa deshonra mezquina,
quizá no la perdonará!... (pausa.)

LUIS. Muy bien; pero recordar
debo, que en esta ocasion
no se trata del perdon.
Quien el perdon ha de dar,
que es Dios, ya sabrá otorgarlo,
si en su bondad infinita,
que ningun rencor limita,
quiere á los culpables darlo.

Se trata de la inocencia,
de la orfandad dolorosa,
que pide, junto á una fosa,
para su dolor clemencia.
Y por lo demás, señora,
dando á la conversacion
otro giro, su opinion
sobre la especie incolora
de ciertos galanteadores,
es un poco exagerada,
porque...

CONDESA. No me extraña nada
ver entre sus defensores
á usted...

LUIS. Porque por lo mismo
que explotan debilidades,
complicadas vanidades
del femenil organismo,
para llegar esa ciencia
difícil á poseer,
necesitarán tener,
al menos, inteligencia.

CONDESA. Por fortuna, á examinarlos
nunca bajé, lo confieso.

LUIS. Evidente; mas por eso
se expone usté á calumniarlos.

CONDESA. Sus obras de perdicion
no es muy difícil juzgar...
Mas pienso que terminar
puede ya la discusion,
si usted gusta. Su interés
en vano prolongaremos,
porque no nos convencemos
el uno al otro... ¿Quién es?. .

ESCENA VII.

Dichos y JUAN.

CONDESA. Qué hay, Juan?

JUAN. Señora, he buscado
inútilmente la seda
del color que usted queria.
No la hay en ninguna tienda.

CONDESA Cómo! En ninguna? Es posible?

JUAN. Nada; aquí traigo la muestra

que usted me dió; en todo el pueblo
no he visto una sola hebra.

CONDESA. Pero, cómo hacer entónces?
Sin esa seda violeta
yo no puedo concluir
este tulipan, que llena
el centro de mi bordado;
ni hay tiempo de enviar por ella
á Madrid. Y el señor cura
que confia en mi promesa...
Ah! La escasez de recursos
en los pueblos, desespera.
Qué contrariedad!

JUAN. Me manda
usted algo?

CONDESA. No; paciencia.

ESCENA VIII.

LA CONDESA y LUIS.

CONDESA. Qué contrariedad!

LUIS. Condesa:
sinceramente me pesa
su apuro; pero si usté
lo permite, la daré
un consejo...

CONDESA. Qué?...

LUIS. No es esa
flor del centro inacabada,
la que la tiene angustiada?

CONDESA. Sí.

LUIS. Pues su afliccion ahuyente,
porque esa flor, fácilmente
pudiera ser reemplazada.

CONDESA. Y con cuál? No caigo, á fé!...

LUIS. Con otra flor grande, que
resalte bien de ese fondo;
una magnolia, respondo
que irá muy bien.

CONDESA. No pensé
verle á usted tan enterado...
y no vá descaminado...

LUIS. Seda blanca y amarilla
aún tiene su canastilla;
el apuro está salvado.

Pronto podrá usted bordarla...
CONDESA. Con efecto: es buen consejo.
Pero, ¡ay Dios! cómo trazarla?
de qué dibujo copiarla?
LUIS. Yo le haré á usted un bosquejo.
Siempre llevo sobre mí
lápiz y papel; sí, aquí
tengo...
CONDESA. Es usted dibujante?
LUIS. Un poco, sí. En un instante...
Se asombra usted?
CONDESA. Un poco, sí.
Y sobre todo, no sé
en verdad si deberé...
LUIS. No es obra de caridad
la que se propone usté?
Pues qué reparo...
CONDESA. Es verdad.
Queda la gracia aceptada.
LUIS. Oh, por Dios; no vale nada. ...
(Sentándose á dibujar al otro lado de la mesa.)
No tiene usted esta flor
en su jardin?
CONDESA. No, señor.
es una flor desgraciada
en este clima, segun
mi jardinero; y en vano
las cuidé yo por mi mano.
Todas murieron; ni un
ejemplar me queda sano
LUIS. La estufa es buena?
CONDESA. Excelente,
y de ella no se sacaban
sino en la estacion ardiente.
LUIS. Por eso se desgraciaban;
es flor que quiere el ambiente,
y no se debe guardar
demasiado, sino hacerla
con frecuencia respirar
el aire libre, y cuidar
á tiempo de recogerla.
Con esto, y con mucho riego,
y teniendo esmero luego
al moverla, en no rozarla,
para que crezca en sosiego,
conseguirá usted criarla.

CONDESA. Es usted floricultor?...
LUIS. Un poco, sí.
CONDESA. Quién diria!...
y ya va, ya va esa flor...
LUIS. En esta parte sombría
hay que poner el color
verde...
CONDESA. Sí; lo suponía.
LUIS. Mas ahora, en verdad, reparo,
su bordado al contemplar,
ese pajarito raro
de plumaje singular,
es un colibrí?
CONDESA. Declaro
á usted, con rubor, que ahí
he puesto ese colibrí
como recuerdo agradable.
Tampoco me ha sido dable
el poseerlos aquí.
Todos se me desgraciaron,
como las magnolias.
LUIS. Ya!
los mató el frio quizá.
Y con que se alimentaron?
CONDESA. Con alpiste.
LUIS. Se les dá
mijo, un cañamon más fino
y que les sienta mejor;
y hay que poner mucho tino
en que no sientan calor,
ni gran frio, repentino.
CONDESA. Pero usted, en conclusion,
sabe de todo...
LUIS. El viajar...
CONDESA. Singular erudicion.
LUIS. Condesa, por compasion,
me hará usted ruborizar!
Mas, vaya, aquí tiene usté
mi dibujo, que podrá,
aunque imperfecto...
CONDESA. No á fé;
si es notable; y bastará
sobradamente. ¡Ah! no sé
espresarle, caballero,
mi profundo, mi sincero
agradecimiento.

LUIS. ¡Bah!
CONDESA. Su finura en mí tendrá
constante el más lisonjero
recuerdo. Y tendré cuidado
con sus consejos.—¡Quisiera
Dios, que los hubiese dado
siempre así, señor Herrera!...
digo, señor Alvarado...
LUIS. Ah, señora: harta afliccion
llevo ya en el corazon
por este inútil fingir,
que nunca debí admitir...
CONDESA. ¿No fué suya la invencion?
LUIS. De Fernando, y en mal hora;
porque bien comprendo ahora
que á no haber disimulado,
otro fuera el resultado
de mi demanda, señora,
Ahora, aunque tarde, comprendo
que si en vez de estar fingiendo
nombre, razon é interés,
me hubiera echado á sus pies
perdon y gracia pidiendo,
y hubiera á su caridad
hablado de la verdad
el lenguaje irremplazable,
no la hubiese mi ansiedad
encontrado inexorable.
Pues desde el primer momento
hubiera su sentimiento
por el mio comprendido,
que en mi acento dolorido
la hablaba el remordimiento;
y que mi solicitud
al hablarla sin ambaje,
reclamaba gratitud,
pues brindaba á su virtud
un ángel en homenaje!
CONDESA. No, don Luis: verdad entera
debó á su afliccion sincera;
sola esa niña en la vida,
sería mi protegida,
mi hermana, mi compañera.
Yo hubiera su soledad
con la mia compensado,
y en su angélica bondad

su alegria hubiera dado
á nuestra felicidad.
Pero hoy su grata presencia
aquí, como consecuencia
la de usted acarrearia,
ó cuando ménos haria
necesaria la frecuencia
de sus visitas, y yo
no debo, no puedo, no,
tal suceso al tolerar,
la opinion desafiar.
Usted lo comprende...

LUIS. Oh,
es verdad. Desgarradora
pero justa, es su advertencia.
Nací, Condesa, en mal hora...
Ruego á usted que mi imprudencia
perdone, y... adios, señora.

CONDESA. Adios, don Luis.

LUIS. (Volviéndose desde la puerta.) Ah! Condesa,
óigame usted; por lograr
lo que tanto me interesa,
nada en el alma me pesa,
todo lo debo arrostrar.
Acoja usted mi inocente
niña, y yo solemnemente
la juro aquí, y no la engaña
mi honor, que inmediatamente
volveré á salir de España!
A mi hija renunciaré,
y á verla no volveré
mientras á su lado siga...

CONDESA. Tal sacrificio? Se obliga
usted...

LUIS. Ya se lo juré.

CONDESA. Pues con esa condicion
acepto la obligacion,
y prometo á usted cumplirla
con todo mi corazon.
Vaya usted á prevenirla.

LUIS. Oh! gracias! voy... pero, ah!
quizá no tendré valor,
viéndola... mejor será
escribirla. Usted me hará
amiga mia, el favor
de darla mi carta.

CONDESA. Sí,
con mucho gusto; recado
ahí tiene usted...

LUIS. (Preparándose á escribir.) (Ay de mí!
hasta ahora no comprendí
por la expiacion el pecado.) (Escribiendo.)
«Hija querida, mi dulce encanto,
(verá usted pronto qué bella es!)
Tu pobre padre, que te ama tanto,
(tambien muy pronto la amará á usted.)
De tí se aleja con honda pena
(usted la suya consolará.)
Pero en tu prima, que es noble y buena,
te dá un consuelo providencial.
Quiérela mucho, sin olvidarme,
piensa que vivo pensando en tí,
(usted, Condesa, déjela amarme!)
Que eres la dicha de tu Luis.»
(Levantándose con gran emocion.)
Gracias por la vez postrera,
y adios...

CONDESA. No, señor Herrera.
Usted sabe así sentir...
Yo sé mi deber cumplir
diga el mundo lo que quiera.
Sin condicion, su hija es mia;
tráigamela usted, volando;

LUIS. (Cayendo á sus piés.) Bendita!...

ESCENA IX.

Dichos y FERNANDO, apareciendo,

FERNANDO. (Desde la puerta.) Qué estoy mirando!

LUIS. (Corriendo hácia Fernando, abrazándole y marchándose presuroso, despues de decir los dos versos.)
Ah! tú... bien te lo decia:
no la conoces, Fernando!

(TELON RÁPIDO.)

